

## ¿Cómo decir nosotras?

### Las historiadoras feministas y la potencia afirmativa del ejercicio del nombrar<sup>1</sup>

**Panchiba F. Barrientos**  
**panchiba@gmail.com**

“Cuando me llamo a mi misma feminista, lo hago en el intento de dar cuenta de un modo asfixiante, inequitativo, opresivo, violento de vivir en este mundo y, al mismo tiempo, una propuesta para acabarlo para que otro advenga”<sup>2</sup>

Quiero reflexionar en torno a la posibilidad de articular nuevos giros, reapropiaciones y reclamos en los que la experiencia, las diferencias y los modos de despliegue del reconocimiento y las localizaciones múltiples se vuelvan capaces de proponer preguntas y posturas críticas que interroguen las posibilidades de impulsar la noción de un nosotras que contenga la capacidad de desplegar al mismo tiempo ficciones y gestos políticos que remuevan las certezas que clausuran la identidad. Es urgente pensar en nuestras formas de nombrarnos, pero también en los silencios, omisiones y potencias que surgen desde ellas. ¿Qué se juega cuando comenzamos a conjurar nuestros nombres de otro modo y a partir de estas nuevas formas de nombrarnos interrogamos a la historia? ¿Qué es lo que puede un nombre? ¿Qué sentido tiene decirse historiadora feminista?

La oportunidad de poder encontrarnos hoy en este panel y en todos los paneles, mesas, talleres y presentaciones artísticas que conforman el programa de este 1º Congreso de Historiadoras Feministas, abre frente a nosotras la oportunidad única de ubicarnos y reconocernos en una potencia afirmativa y acaso ya a estas alturas imparables, que deja en parte el mundo de los sueños y también las sobras de la

---

<sup>1</sup> Este texto fue presentado en el panel “Memorias feministas: resignificaciones e historia” del 1º Congreso de la Red de Historiadoras Feministas, desarrollado en la ciudad de Santiago de Chile los días 3 y 4 de agosto de 2018.

<sup>2</sup> Macky Corvalán, “La primera militancia es en el lenguaje”, entrevista, Suplemento Tinta China, Nº80, sábado 15 de Octubre de 2011. Disponible en: <http://potenciatortillera.blogspot.com/2011/10/macky-corbalan.html>

melancolía para hacerse un cuerpo múltiple -y por cierto, esto hay que celebrarlo, desdembrado, jamás armónico y amorfo- que interpela pluridimensionalmente aquello que hasta ahora muchos han reconocido como los cimientos y creencias más arraigadas desde las que se construye la historia, en tanto que disciplina de trabajo y método para interrogar el pasado.

Estoy sentada en una mesa especial, un lugar que quizás podríamos imaginar como una grieta en la gran ciudad y por extensión, que es lo que nos convoca, en aquellos imaginarios de la historia que construyen esta disciplina como un bastión de la tradición, la confianza en el progreso y la consistencia de los saberes que se imaginan neutros, despersonalizados y absolutos.

Este que ocupamos hoy se trata de un tiempo de interrupción, que se levanta como un espacio que tensiona lo público y la articulación de los saberes. Es un tiempo de abre una brecha con respecto a los supuestos límites del ejercicio historioráfico, de los modos de contar, que lo que cuenta como historia, de la relación entre la historia y la teoría, y que abre una pregunta en torno a aquello que surge entre la historia y quien la escribe, así como también, y es esto lo que me parece quizás lo máspreciado, entre la historia y la posibilidad de enunciar -aunque sea precaria y rizomáticamente, o quizás de manera estratégica si atendemos a Gayatri Spivak- un nosotras, un yo, o alguna seña de las localizaciones y las marcas que nos atraviesan en este preciso instante del devenir.

Aquí se desdibujan los límites entre lo público y lo propio, porque este espacio que en el que nos encontramos hoy está montado sobre múltiples afectos y posibilidades amorosas. No se trata sólo de que aquí yo me encuentre entre amigas muy queridas porque a mi lado están Gilda, Hillary y Lelya entre quienes me siento feliz y cobijada al calor de tantas historias y momentos compartidos -realidad que, por cierto, puede extenderse más allá de los límites de esta mesa en sí y abrazar también a esta sala. Lo que se juega hoy, lo que me pone tan contenta, es que este congreso devenido interrupción, da cuenta de un conjunto de momentos y preguntas que se anudan, surgen a destiempo y a ratos logran armonizarse para después volver a cambiar, pero que, desde sus múltiples y confusamente entrelazados anclajes, construyen la esperanza de un tiempo suspendido que marca el ejercicio de una apertura que no puede terminar de ser nombrada ni asida del todo.

Lo que se juega en esta mesa, y por extensión en este congreso, interpela nuestros modos de producción de saberes desde múltiples horizontes y cruces. No se trata sólo de que aquí converjan voces que transitan por distintas disciplinas y que las trascienden para imaginarse a sí mismas como historiadoras feministas. Lo que nos convoca, tiene que ver con nuestra capacidad para ser afectadas y para reconocer que lo que nos mueve no es ya un ansia de completar la historia o de contar la

historia de “la mujer” -así, a secas y cargada de certezas más que de preguntas-, sino la urgencia de crear alternativas sostenibles y habitables para imaginar nuevos modos de representación que den cuenta de las disputas que han marcado nuestra experiencia como investigadoras feministas. Así, creo que lo que nos atrevemos a preguntar y preguntarnos hoy, se dirige en dos direcciones, la primera, tiene que ver con qué significa la historia o ¿qué es la historia? y ¿cuáles son sus límites? Y, la segunda, busca poner en tensión el sentido de sospechosa vigilancia que -históricamente- se ha cernido sobre la relación entre activismo y academia, desmontando las tensiones que apuntan de forma acusadora a estos espacios, como si de verdad pudieran existir en esferas separadas, incontaminadas y autónomas o, más bien, como si entre ellos no hubiera intercambios y como si nosotras mismas no los transitáramos, arrastrando los pies, en nuestras propias búsquedas cotidianas o en los momentos en los que la rabia y la urgencia nos arrojan a actuar y a pensarnos juntas.

Ningún nombre se enuncia desde la pureza y por lo tanto, es fundamental preguntarnos qué se juega en el ejercicio de nombrar y de nombrarnos, es decir, en el gesto de arrojar al mundo una imagen -un nombre- de aquello que creemos que somos, que hacemos o que añoramos hacer. Un nombre que de cuenta de eso en lo que soñamos en convertirnos.

### **¿Cómo decir nosotras?**

Supongo que más de alguien en esta sala habrá escuchado que para volverse feminista “sólo hace falta tener una amiga”. En Facebook y en otras redes sociales abundan los afiches, los posters y los memes que insisten en esta afirmación. No se si ustedes los han visto, pero la verdad es que a mi me parecen interesantes y creo que pueden ser interrogados desde múltiples lugares puesto que nos impulsan a pensar en torno a un conjunto de asuntos que, siento, requieren ser atendidos.

Por supuesto que entiendo la necesidad de la complicidad, la importancia de la amistad y la relevancia fundamental del amor en todos los entornos de nuestra vida -y eso, incluye, obviamente- nuestros activismos, los feminismos como potencia transformadora y también, por supuesto los espacios ligados al ejercicio de nuestra labor como historiadoras. Sin embargo, creo que hace falta insistir también en otros rasgos, afectos y urgencias que nos impulsan, que nos mueven y que nos permiten encontrarnos para crear, para hacer preguntas, para interrogar desde la diferencia nuestros quehaceres y para asumirnos como cuerpos, sujetos o agentes abiertos a lo político.

Partí esta presentación hablando de la amistad y del encuentro, pero quiero ahora hablar de tensiones. ¿Puede existir un encuentro sin tensiones? ¿Puede existir la amistad sin alguna medida de tensión? O acaso ¿Podemos pensarnos a nosotras mismas más allá de la tensión que emana de la discontinuidad y de la ruptura constante que surge incluso de la enunciación de nuestros propios nombres? Me interesa traer a la mesa estas cuestiones porque creo, que se vuelven centrales a la hora de imaginar nuestras posibilidades de nombrarnos como historiadoras feministas.

Si recorremos nuestras vidas desde múltiples localizaciones, si no existe la pureza de los nombres, y si los significados últimos de las formas de enunciación que utilizamos para ubicarnos a nosotras en las cartografías políticas del deseo y la identidad se nos escapan cada vez que creemos capturarlos, porque el lenguaje nos excede. Es urgente pensar qué es lo que puede un nombre, que es lo movemos y lo que creamos en el ejercicio de nombrarnos y cuales son las potencias que desde cada enunciación se liberan y se ponen en disputa.

Nombrarse historiadoras feministas no es simplemente dar cuenta de un quehacer o de un trabajo, no es solo decir lo que hacemos en cuanto académicas, estudiantes e investigadoras, es tomar una posición política respecto de los modos de producción del conocimiento, desafiando a las fuerzas que se sienten con el derecho de dirimir entre lo que es realmente importante y lo que supuestamente no aporta ningún valor sobresaliente al desarrollo de la historiografía y las humanidades.

Quiero pensar aquí la noción *historiadora feminista* al alero del concepto de figuración que desarrolla la filósofa italiana Rosi Braidotti para dar cuenta de un camino hacia la desmantelación de lo lineal a partir del cual es posible poner en práctica “una versión políticamente sustentada de una subjetividad alternativa” (Braidotti, Rosi. 2000, p.26).

“Una figuración es tanto una figura del habla como un nuevo paradigma, vale decir, una nueva práctica teórica que resulta conveniente para la experiencia feminista política y epistemológica”(Braidotti, 2004, p. 144) y en ella entran en juego “cartografías materialmente inscritas en el sujeto” (Braidotti, 2002, p. 127) distintos sentidos de la responsabilidad y la localización como gestos de disputa frente los imaginarios dominantes cis-heterosexuales, masculinistas, universales, blancos, adultocentricos y compulsivamente centrados en una noción cerrada y limitada de la idea de normalidad.

Quiero pensar en nuestros modos de nombrarnos poniéndolos en términos de Braidotti y quiero utilizar una expresión muy bonita que esta autora nos ofrece. Para ser una *historiadora feminista* “hay que aprender a tartamudear, a rebuscar palabras, a vacilar”(Braidotti, 2002, p. 122)

Pareciera ser entonces que lo que “hace falta” para transformarse en feminista -o atendiendo a lo que no nos convoca hoy, en *historiadoras feministas*- no es ya sólo tener una buena amiga, sino más bien, abrazar la tensión como un lugar para estallar lo posible y desmontar las certezas de la linealidad de los significados, los saberes normativos, los mecanismos del reconocimiento y todos aquellos elementos que insisten en limitar nuestras subjetividades, la potencia de nuestra imaginación y la fuerza nuestras preguntas por la historia y por la vida.

Las historiadoras feministas abrazan un nombre que da cuenta de una forma identitaria contingente, abierta a lo político y atenta al despliegue de figuraciones desde las que se vehiculiza un nosotras que juega con modos de autonombrarse que no terminan -y que ciertamente tampoco comienzan, únicamente- en el ejercicio de una disciplina académica. Ser historiadora feminista es desconfiar de la pureza de los nombres y dejarse llevar a veces por la rabia y otras veces por el amor. Amor a las fuentes, amor a la historia, amor al contar historias y a pensarse como alguien que se construye a sí misma en ese gesto de contar. Rabia. Rabia frente a las violencias epistémicas, frente a quienes dicen conocer de antemano los límites de la historia y lo que es o no es importante para los procesos de construcción de nuestros saberes, rabia también, por las violencias hacia las mujeres y hacia subjetividades marcadas por el patriarcado y la heterosexualidad blanca y compulsiva como más allá de la norma. Rabia por las violencias en las universidades que se expresan sí -y esto lo sabemos bien- en los gestos de acoso entre profesores y estudiantes, pero que también se vuelven tangibles -y esto no podemos dejar de mirarlo-, entre estudiantes en distintas instancias; entre profesoras, profesores y autoridades; entre profesoras y estudiantes; entre profesoras y miembros del personal administrativo; entre profesoras y profesores y ayudantes; entre ayudantes y estudiantes e incluso entre compañeras...

En este contexto, volver a preguntar qué puede un nombre y cómo podemos decir nosotras, se vuelve un ejercicio político y transformador en el que se involucran no sólo la potencia del encuentro sino también las tensiones y las urgencias que surgen desde la necesidad de imaginar formas de nombrarnos que permitan la articulación de devenires y subjetividades capaces de producir un mundo digno de ser vivido (Braidotti, 2018, p. 29)

Porque estamos cansadas de que nos digan que hay historias que no son Historia; que hay silencios que no son el ejemplo de una invisibilización forzada, sino que más bien responden a que ciertas historias son demasiado particulares como para volverse de interés general, que no hay lectores para ellas y que además no hay materiales suficientes para estudiarlas o que hay sujetos que simplemente por su carácter abyecto o por ser demasiado raros no caben o que no merecen estar en los libros. Porque ya no estamos dispuestas a seguir escuchando que hay violencias que no son violencias, nos encontramos y estamos aquí, imaginándonos como historiadoras feministas, felices de celebrar la posibilidad de desatar juntas las potencias de nuestras precarias identidades contingentes.

## **Bibliografía**

Braidotti, Rosi (2002). *Metamorfosis: hacia una teoría materialista del devenir*. Tres Cantos, Madrid: Akal Ediciones.

Braidotti, Rosi (2004). *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*. Barcelona: Gedisa.

Braidotti, Rosi (2018). *Por una política afirmativa: itinerarios éticos*. Barcelona: Gedisa.